

Alfredo Bryce Echenique

La vida exagerada
de Martín Romaña



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

ÍNDICE

PUNTO DE PARTIDA DEL CUADERNO DE NAVEGACIÓN EN UN SILLÓN VOLTAIRE

Navegante ma non troppo	18
Y dice así	23
Mi primer contacto en Francia	26
Mi último contacto en Lima y mi contacto n.º 2 en Francia	30
Efectos Henry Miller	37
Una larga sesión de desencanto	41
Martín Romaña creía firmemente	51
Juancito Velázquez y la bandera peruana	55
Las cuatro de Juancito Velázquez otra vez	58
Noche de gala	62
Breve vida nueva en el sur	65
Viaje al sur de aquella Perugia	69
La futura Inés de Romaña	76
Hemingway, Don Quijote y el Chuli	84
Un rincón cerca del cielo	100
Un rincón cerca del cielo n.º 2	108
Un rincón cerca del cielo n.º 3	118
La sospechosa historia de amor de Enrique el Sospechoso.	130
OCTAVIA ME ESCUCHABA ATENTAMENTE	
Había deseado tanto ese matrimonio, Octavia	153
Exagerando un poquito se podría decir que el día de la boda duró hasta el día en que se rompió el matrimonio.	159

De nuestro viaje de bodas, del único cuento que escribí en mi vida, de cómo con mucha suerte se salvó porque en él se habla precisamente de ese viaje, de bizqueritas en España, y de cómo y por qué, tras haber sentido que me estaba volviendo loco, decidí urgentemente volverme loco un rato en Cádiz	167
Bizquerita de Inés y locura de Martín en Cádiz	171
Un camino increíblemente desconocido	180
Una vieja malvada, además	188
Una vieja malvada, además n.º 2	203
Y mientras transcurría aquel año del crimen	208
Tribulaciones y elegancias de un dandy gravemente enfermo	222
Edipo en París, en Illiers, y por último en Cannes, con Inés, con su madre, y con El último dandy embarcándose también	231
Paréntesis	236
Algo mucho mejor que Lagrimón	240
Sobre héroes y antihéroes: mayo del 68 en mi sillón Voltaire	254
Roberto López, señor Salaverry, a sus órdenes	263
Aguas turbias	270
Una historia muy triste del Grupo	280
El gran bolondrón	284
La segunda salida de Martín Romaña, su exageración y sus tristezas	301
Yo me voy pa' Pigalle y no vuelvo más	326
... And that's me on the left with the beautiful legs	336
Demasiado tarde demasiado tarde demasiado tarde demasiado tarde demasiado	395
Paréntesis	400
Desdoblado en Bilbao (demasiado tarde demasiado tarde demasiado)	405
OCTAVIA ME ESCUCHABA ATENTAMENTE-2	
París, mediados de junio, 1968	415
El pueblo de Inés, vuelto a visitar, en mi sillón Voltaire	425
Algún día comprenderás, Martín Romaña	434

Esa y otras inquisiciones	439
Alguien toca la puerta mientras Inés y yo estamos hablando todo eso y mucho más	448
Enormes deseos de vivir	459
El vía crucis rectal de Martín Romaña	488
Breve paréntesis sobre las cápsulas del señor Romaña ..	553
Allá abajo en el Sena	554
Una noche de invierno en el aeropuerto de París	555

EPÍLOGO

La última muchacha que emigró de Cabreada en el sillón Voltaire, o el curso natural de las cosas	563
---	-----

Punto de partida del cuaderno de navegación
en un sillón Voltaire

Con todo mi camino, a verme solo.

CÉSAR VALLEJO

Mi nombre es Martín Romaña y ésta es la historia de mi crisis positiva. Y la historia también de mi cuaderno azul. Y la historia además de cómo un día necesité de un cuaderno rojo para continuar la historia del cuaderno azul. Todo, en un sillón Voltaire.

En efecto, el día siete de junio de 1978, entré en crisis, como suele decirse por ahí, aunque positiva, en mi caso, pues logré por fin salir de la melancolía *blue blue blue* como solía llamarla Octavia, que fue primero Octavia de Cádiz a secas, porque durante largo tiempo la conocí sólo en estado o calidad de aparición, sí, lo cual me impedía, como es lógico, bañarla en ternura con miles de apodos que prácticamente no vendrán al caso en el cuaderno azul, pero que en cambio justificarán plenamente la adquisición del cuaderno rojo. Plenamente, Octavia.

Cabe advertir, también, que el parecido con la realidad de la que han sido tomados los hechos no será a menudo una simple coincidencia, y que lo que intento es llevar a cabo, con modestia aparte, mucha ilusión y justicia distributiva, un esforzado ejercicio de interpretación, entendimiento y cariño multidireccional, del tipo *a ver qué ha pasado aquí*.

En realidad, de quien hablaré mucho, a pesar de que las apariciones milagrosas de Octavia de Cádiz pueden por momentos inquietar (a mí, desde luego, me inquietaron muchísimo), es de Inés, que fue primero todo lo contrario de Inés a secas, porque nada ni nadie en el mundo me impedía bañarla en ternura con miles de apodos, aunque durante largo tiempo viví con ella en

estado o calidad de inminente desaparición, sí. Por lo demás, altero, cambio, mantengo, los nombres de los personajes. Y también los suprimo del todo. Creo que me entiendo, pero puedo agregar que hay un afán inicial de atenerse a las leyes que convienen a la ficción, y pido confianza.

Volviendo ahora a la crisis positiva en que *entré*, es preciso decir que, de no haber llegado las tres cartas ese mismo 7 de junio de 1978, tal vez hubiese continuado en mi espantosa melancolía, sin Octavia alguna para decir *blue blue blue*, como quien me explica, a ver si de algo me sirve, y sabe Dios por cuánto tiempo más melancolía y sólo melancolía. Como el tren, el cartero silbó tres veces aquel día, por ser las tres cartas certificadas y urgentes, y tres veces también, el suspiro fue enorme, dije *God bless his boots*, pensando en mi profesora particular de idiomas y autores trascendentales, allá en el Perú, hace siglos, pero ella había muerto sin que nos volviéramos a ver jamás, tras haberse pasado años enviándome direcciones útiles para mi vida en París, en preciosas cartas, y sin que yo me hubiese atrevido a decirle nunca, al responderle, nada de eso existe ya, Merceditas, por haber sido probablemente Merceditas la mujer más fina que conocí en mi vida, y porque para qué, pobrecita, si allá en Lima, cuando recibía mis cartas, ella siempre le bendecía las *boots* al cartero, sin imaginar un solo instante que los chimpunes del cholo más que bendición de Dios seguro necesitaban un buen remiendo. Merceditas tocaba, además, la viola d'amore, y a mí me contaron que murió sin mayores sufrimientos, sin duda alguna para evitarme un sufrimiento aún mayor en París.

Estas tres cartas certificadas y urgentes significaron el final de la melancolía en que me había dejado instalado mi último viaje inútil por el sur de Francia, y después fue el sur inútil de la India, porque ya conocía el norte, y después el sur de Marruecos, Túnez y Argelia. Países estos cuyo norte también ya conocía. No regreso más, suspiré melancólico, al entrar a mi departamento parisino, al cual tampoco debí haber llegado nunca. Ni siquiera la primera vez. Y mientras me dejaba caer en el sillón Voltaire, el melancólico eco de mi estado de ánimo se me arrimó en coro: no regreso nunca más. Qué horror. Qué pena. Ojalá alguien me llamara por teléfono. Pero... En el fondo...

Para qué, si... No... Voy... A... Responder. Es prueba de respeto... Por sí mismo... El estarse muriendo de ganas de que lo llamen a uno por teléfono y darse el gustazo de no responder, es prueba de respeto por sí mismo...

Seguía dejándome caer en el sillón Voltaire. Y mientras, pensaba: Me ha gustado mucho esta última frase sobre el teléfono, suena perfecto a máxima contemporánea, debería anotarla en el cuaderno azul. El cuaderno azul, cuyas páginas continuaban íntegramente en blanco, había sido obsequio de una muchacha con la que inicié un largo viaje al norte de Europa y en pleno invierno. Nunca pasamos de Bruselas, a tres horas de París.

—Te lo regalo para que lo llenes de mí —dijo ella, al entregármelo. Aunque luego, como quien reflexiona, añadió—: En fin, de mí o de lo que quieras.

La máxima contemporánea habría sido una buena oportunidad para inaugurarla, pero cómo, si continuaba dejándome caer en el sillón Voltaire y me resultaba totalmente imposible en esas circunstancias ir en busca del cuaderno azul. Lo dejé, pues, yacer, como tantas otras veces, sobre mi mesa de trabajo, en la lejanísima habitación de al lado. Pensé que no olvidaría aquella reflexión telefónica, que mañana o cualquier otro día la anotaría, pero luego recordé que siempre me olvidaba de todo y tuve la seguridad de que esta vez ocurriría exactamente lo mismo. La idea de una nueva pérdida, y la imagen del cuaderno, virgen, yacente, y *blue*, Octavia, no me apenaron en absoluto. Por el contrario, solté un sonoro y derrumbado ¡qué demonios!, y continué cuesta abajo.

Llevaba meses viviendo en este estado, con el cuaderno azul en la habitación de al lado, el sillón Voltaire en mi vida, y mi vida en el sillón Voltaire. Llevaba ya casi un año hundiéndome en él, dejándome literalmente naufragar *blue blue blue*, y las únicas frases que me importaban eran aquellas que anunciaban categóricamente que no volvería jamás al sur de ninguna parte. E incluso que no volvería a ninguna parte y punto. Y el asunto empezaba a extenderse además a la lejanísima habitación de al lado. Más la cocina, que era donde estaba la comida. Al principio, otras horas borraron las del primer día, y otras las de los primeros días y las siguientes semanas, y así continuaron pasando los meses hasta el 7

de junio en que el cartero me silbó tres veces las cartas porque eran certificadas y urgentes.

Fui tentado igual número de veces por la idea de no abrirle, pero luego recordé vagamente que ese respeto por sí mismo se refería más bien al teléfono, e incorporándome desde el fondo de algo, bendije botas, y avancé como pude entre los recuerdos enmarañados de Merceditas.

Eran tres invitaciones, tres. Laura me invitaba a pasar el verano en Niza. Sur de Francia, me dije. Mario me invitaba a Sicilia. Sur de Italia, me dije. Andrés me invitaba a navegar, partiendo de Torremolinos. Sur de España, me dije, y decidí volverme loco un rato, procedimiento este que había logrado perfeccionar tanto, con los años, que ya ni siquiera necesitaba moverme del sillón para volverme loco un rato. Sí. Y en esta oportunidad el mago Charamama era la solución.

Me atendió de inmediato, y con la misma solicitud de siempre. El mago Charamama nunca me había fallado, una tras otra me había anunciado hace siglos, allá en el Perú, todas y cada una de las calamidades que con el tiempo y mis viajes me fueron abatiendo por diversos países y ciudades, aunque claro, yo nunca quise hacerle caso, yo nunca quise tomar en serio la extendida reputación de aquel hombre que, en el longevo ejercicio de su magia, lo había adivinado todo, todo menos que su hija iba a salirle puta. Eternamente entristecido por tan garrafal falla, hablóme Charamama, repitióme en realidad lo mismo de siempre: No andar yéndose siempre, Martín Romaña, no andar pensando tampoco que se trata de norte y sur, Martín Romaña, no andar enmelancolizándose uno todo el tiempo porque nuevamente se está de regreso de tanto, Martín Romaña, no permanecer tampoco, Martín Romaña, es decir, sobre todo no permanecer sin escribir, la cosa está en escribir y en escribirlo, Martín Romaña, y en ser duro cuando lo exige la ocasión... Por ejemplo, ¿que le va a responder usted al Andrés ese de Torremolinos? Tenga usted este cuaderno, no es azul pero anote usted, ya después lo pasa en limpio cuando escriba de a verdad, vamos, anote, quiero ver qué le va a responder usted, nada de sí, nada de muchas gracias ni de huidas cuando usted hace años que sabe lo que desea, Martín Romaña, no escaparse, Martín Romaña, nada de eso porque

terminará usted yaciendo como su cuaderno azul, entender, en cambio, interpretar, en cambio, enfrentarse, en cambio, escribir, en cambio... Vamos, anote: Para Andrés de Torremolinos. Vamos...

Cuanto más lejos te quede Torremolinos, mejor.
(Pentadius, s. IV a. de J.C.)

El camino de Ítaca no pasa por Torremolinos.
(Según Konstantino Kavafis)

-Si vas a Torremolinos, pregunta por la Dolores.
-¿Pero ésa no vivía en Calatayud?
-¡Di que te lo dije yo, mierda!
(Según el cristal con que se mire)

Hay que ver cómo sonrío el mago Charamama, olvidando un instante el dolor de una hija garrafal, al leer lo que acabo de dejar anotado. Arranca la hoja, me la entrega, me da un último consejo: El cuaderno azul, su cuaderno, inmediatamente, Martín Romaña.

-Sí, Charamama -le digo, desgarrando tres cartas en un sillón.

Nos conmovemos. Charamama y yo nos conmovemos más todavía. Ya suenan los violines y las trompetas del mariachi, ya se escucha aquella canción, el cuaderno azul es la propia Merceditas quien me lo alcanza, tras haberlo inaugurado: No te hice conocer a todos esos autores para que te perdieras en la vida, Martín Romaña. Charamama bendice la unión de una partida y de un regreso, se escuchan más fuerte los violines y las trompetas, el cuaderno azul es la propia Merceditas quien me lo ha alcanzado, ya inaugurado, canta Pedro Vargas: *y volver, volver, vooolveeeeee*, como nunca la emoción nos embarga, hasta el sillón Voltaire: como si se sintiera mejor...

Ésta es toda esa historia en un cuaderno azul que algún día necesitará de otro más, uno rojo.